

LA SENSIBILIDAD ESTETICA DE JOSE BALLESTER

TIENE toda la prosa de José Ballester (1892-1978) el atractivo de la obra artísticamente trabajada, y es capaz, especialmente su prosa de creación, de suscitar en el lector un múltiple y amplio cuadro de sensaciones estéticas. En este sentido, destaca de manera particular *Otoño en la ciudad* (1936), su mejor novela, de la que se ha señalado su tono azoriniano y mironiano, y se ha ponderado la originalidad del amable escritor murciano, perteneciente por esta y por otras razones al grupo de prosistas de la generación del 27.

Antonio Crespo, en un homenaje dedicado al escritor en 1972, destacaba el parentesco con el autor de Monóvar en el sentido del tiempo, y Mariano Baquero Goyanes, en el mismo volumen, veía, por su parte, en la insistente ornamentación frutal de su prosa, una proximidad al Miró neo-modernista y contemplativo.

La novela, que salió de imprenta en mayo de aquel año catastrófico, tuvo por parte de los periódicos de Murcia una acogida, en general, favorable. De los elogiosos juicios que sobre ella se emitieron, destaca el del entonces Catedrático de Literatura de la Universidad de Murcia Joaquín de Entrambasaguas, que en *La Verdad* de 11 de junio de 1936 ofrece un amplio estudio de la novela regional encuadrando en ella a José Ballester. Destaca su carácter innovador, y no le extraña el hecho de que no guste a aquellos que sólo quieren devorar argumentos folletinescos. Lo mismo que sucede a Ballester, sucedió a Marcel Proust, porque ambos buscan el



camino difícil del arte: "Nada más arduo literariamente que conseguir con plenitud una obra forjada en la dificultad de la técnica nunca empleada. Nada más arduo por lo tanto, que el haber logrado esta novela en que argumento, personajes, descripciones, estilo, todo, están sometidos a un espíritu subyugador, a una protagonista inaprehensible que medula la novela como un tema dominante, como una frase melódica de esta exuberante sinfonía regional: Murcia, es decir, el alma de la ciudad".

Por mi parte, en el artículo "Miguel Hernández y el grupo murciano de la revista *Sudeste*" (*Murgetana*, 50, 1978), al referirme a la novela publicada por Ediciones Sudeste, señalé que "*Otoño en la ciudad* es una pulcra novela en muchos sentidos. Es intemporal y murciana, predominantemente descriptiva y en la que la anécdota importa menos. Lo esencial es el espíritu de la ciudad, su verdadero protagonista. Es una obra muy bien escrita, con el estilo cuidadoso y rico de Ballester, con esa especie de profunda y reflexiva sencillez que distingue sus siempre bien compuestas frases; y al mismo tiempo es una novela magníficamente estructurada en torno a un núcleo inicial y un desarrollo circunstancial alrededor de ese punto —la Catedral— en que se ha iniciado la novela. El personaje principal, murciano y joven, vive la evolución de un entusiasmo en torno a la ciudad, a la que conoce y ama. Pero es ésta la que vive con plenitud en la novela de Ballester, a través de sus calles y sus casas, sus iglesias y sus monumentos. Los personajes son los de la ciudad, arquetipos y modelos de cualquier ciudad, pero encarnados en la Murcia de siempre.

Reina en la novela el buen gusto, la elegancia —que no impide la presencia de una leve ironía—, el amor a los libros y al pasado, al arte, a la tierra, al trazado urbano, al cercano monte... *Otoño en la ciudad* es Murcia y la novela su expresión descriptiva, cuidadosa, que a tantos ha recordado a Azorín, a Miró... Pero pienso que la novela de Ballester es, sin embargo, muy personal y las constantes alusiones a modelos, fáciles, aunque no siempre muy exactas."

En cualquier caso, lo que interesa destacar ahora es la enorme sensibilidad estética, la facilidad de expresión de efectos sensoriales y la múltiple combinación de sensaciones. Antes se ha hecho referencia a los artículos de Crespo y de Baquero, que habían señalado contactos con Azorín y con Miró, y justo es señalar ahora que algunos de los textos que a continuación se leerán, han sido recogidos partiendo de sugerencias de dichos autores, con los que se coincide en señalar su significación y relevancia como textos típi-





JOSE BALLESTER

Caricatura de Martínez Cano, aparecida en *La Verdad* el 11 de junio de 1936, a raíz de la publicación de *Otoño en la ciudad*.

cos de Ballester y que, por esa misma razón, vamos a transcribir a modo de homenaje y recuerdo.

El primero de ellos, que como todos procede de la novela de 1936, figura al final del relato de un conjuro emitido por las campanas de la torre de la Catedral, y en él son destacables el sentido del paso del tiempo —tan azoriniano— y la insistencia y permanencia algo misteriosa del sonido del último conjuro, que queda prendido a la sensibilidad auditiva del personaje hasta la noche, que con su perfume —sensación olfativa— penetra en la estancia de Don Benigno. El sentido de la vida como “isla” en la que se está en “una ilusión de permanencia” se enlaza con una centenaria tradición de tono ascético muy en consonancia con el fondo moral de toda la novela.

El segundo constituye lo que Baquero Goyanes ha denominado “un bodegón”, descrito con especial complacencia en los efectos visuales, particularmente en los de formas y colores con predominio de las redondeces suaves y los colores brillantes, típicamente barrocos.

En el tercero de los textos predominan las sensaciones visuales, a través de la descripción de bellísimos colores tanto en la torre y en el paisaje como en los ojos de Florentina. La voz y el silencio de la protagonista completan con sensaciones auditivas el cuadro sensorial de este tercer fragmento. Quizá lo más destacable ahora sea la belleza de ese silencio final que traslada la voz de la amada a la expresión de sus ojos, que antes ha descrito como “emperezados en la contemplación de un paisaje lleno de verdores, cargado de fragancias”.

Es el cuarto de los fragmentos el más rico de todos ellos, ya que la protagonista ofrece una impresión personal sobre las sensaciones gustativas y olfativas que quedarán relacionadas —“a lo amargo por lo dulce”— con el espíritu de Murcia y los murcianos, procedimiento constante en toda la novela y encaminado a conceder a la ciudad el papel de protagonista de la narración.

El quinto fragmento, que sirve para cerrar esta breve antología, es reflejo del neomodernista o neoculterano gusto por embellecer lo vulgar, también señalado por Baquero Goyanes. Obsérvese con qué fina ironía elogia Ballester los tomates —a pesar de su fonética o su forma— y las habas, elogio en el que el autor despliega una múltiple sensorialidad, auditiva, visual, gustativa, táctil, etc., que define con toda su fuerza la percepción estética y la exquisitez de este escritor murciano desplegada en lo



largo de su más conocida novela, a cuyas páginas pertenecen los fragmentos que ofrecemos a continuación :

1. *Se desleía melancólicamente el eco interior de las campanas en don Benigno. ¿Cuántos años experimentó la emoción de ese silencio vibrante que sigue al último conjuro? Todo fluye en torno nuestro durante la vida y nosotros miramos alejarse en la corriente aquellas cosas que parecían elementos inmutables de nuestro paisaje. Cada año nuevo que llega acelera el curso fugitivo y carcome los cimientos de la isla donde nosotros estamos en una ilusión de permanencia. Un día se arremolinará la linfa y nos arrebatará consigo. Cuando se presiente esa ley inexorable paladeamos un amargor sutil en todo lo que nos afecta. Don Benigno, encerrado en su despacho, aguardaba a que se extinguiera del todo la resonancia; pero, aunque iba debilitándose indefinidamente como en una gradación sin fin, no lograba dejar de escucharla. Por el balcón entreabierto, cuando entró la noche, una noche de luna, columbraba la silueta de la Torre, densa y firme, impregnada de un efluvio lene, que era el manto encantado del conjuro, todavía inexhausto. Se levantó, un poco irritado contra la ironía de la falsa sensación. Solamente el sueño hubo de extinguirla.*

2. *Sobre el suelo estaba un niveo mantel desbordante de platos con fruta. Los racimos se apretaban en sí mismos, como a punto de estallar; había una fuente colmada de granos de granada albar, montón de cristales bermejos, trasunto del tesoro de un lapidario. Dátiles maduros, rubios, cortos, gordezuelos, rezumaban su miel por entre las grietas de la vaina despegada. Pomas pálidas y finas, membrillas calientes del horno, espolvoreadas de azúcar, y panochas tiernísimas recién asadas también, integraban los manjares del festín.*

3. *Los padres departían sosegadamente y José María pudo contemplar erguida, levantando en sus brazos, como una ofrenda,*



un gigantesco racimo de uva valencí, la figura gentil de Florentina, vuelta hacia la Torre, que, iluminada a lo lejos por un sol húmedo de color rosa viejo, mostraba inflamados sus oros de piedra y los comunicaba en raudales a la ciudad tendida a sus pies. Podía admirar los ojos de la muchacha, grises con irisaciones de pizarra y bronce, anchos, lánguidos, emperezados en la contemplación de un paisaje denso de verdores, cargado de fragancias. Podía escrutar en el misterio de aquel gálibo de su rostro, a la vez delicado y majestuoso, en el cual creía descubrir rasgos ancestrales, una suma de las perfecciones de la mujer ibera, enriquecidas con las que otras razas le brindaron a través de los siglos. Escuchaba su voz llena, sonora, con inflexiones de dulzura, con cadencias graves, con transmisiones de energía reveladoras de un carácter firme y decidido en un ánimo blando y afectuoso. Las palabras dejaban a veces de fluir de sus labios y el silencio se adivinaba en sus ojos pleno de sentidos.

4. *Ella vino a su lado y comenzó a hablarle de las frutas y le invitó a gustarlas, dándole ejemplo. En su boca quedaba preso un trozo de pulpa y los labios le brillaban con la humedad destilada de aquella carne melosa. Tenía una teoría Florentina acerca de las frutas: el dulzor no es sino una sensación envolvente del aroma. El aroma desnudo es la personalidad del fruto, pero el paladar necesita percibirlo desleído en el almíbar del zumo. Y todavía no es el aroma específico la última sutileza de la sensación frutal. Hay muy escondido un principio de amargor, en el cual está lo más exquisito para el gusto. Se necesita una sensibilidad muy educada y un gran dominio sobre los incentivos de la gula para penetrar hasta ese íntimo núcleo del sabor. Y así, el perfecto gustador de fruta habrá de tener por lema "a lo amargo por lo dulce".*

José María gozaba, al oírla, cómo le daba una interpretación del paisaje huertano, del espíritu de Murcia, envuelto en una vegetación paradisiaca. Dulzura cortical, embriaguez de la abundancia, deleite para los sentidos, pero a la postre, el paladeo de una melancolía apesadumbrada por la misma fuerza de las bellezas naturales.



5. Luego derivaron por un golosineo evocador de los frutos humildes, elogiando sus secretos sabores, y los otros alicientes del gusto que no tienen explicación fuera de la comarca. Parece proscrito el tomate por la fonética humilde de su nombre, por su ridícula gordura abullonada, sin elegancia; pero nada le supera en cuanto a la brillantez de su color amaranato encendido, y cuando el cultivo fué según las viejas prácticas huertanas, en tierras de las que tienen para ello una aptitud singular, el tomate ofreció al paladar una masa de jugo exquisito. Pues ¿y las habas? A un extraño le parece que no pueden ser sino un manjar de animales inmundos; pero hay un refinamiento sensual en espiar el crecer de sus matas de color de acero, tan sensibles al frío, y en ver cómo despliegan los pétalos blanquinegros sus flores semejantes a mariposas; y hay una voluptuosidad en la recolección por nuestras propias manos, aspirando la fragancia de las vainas frescas, estuches forrados de un delicadísimo terciopelo donde yacen incrustadas las gemas de los granos; en abrirlas por aquella uña umbilicar y, ejerciendo en la piel una leve presión con los dedos, ver brotar los dos gajos resbaladizos del interior, tiernos y dulces, y saborearlos luego muy despacio.

Pueden considerarse, pues, estos fragmentos como reflejo de una labor artística que Ballester continuó a lo largo del tiempo, aunque su alejamiento de la novela en los años cuarenta impidió que su arte y su estilo siguiesen cuajando en otras obras de la categoría de *Otoño en la ciudad*. Con todo, hay que señalar, por último, que Ballester en su dilatada vida de prosista, de articulista y de investigador, siempre mantuvo ese estimable estilo pulcro, cuidado, laboriosamente enriquecido, que tan claramente define su personalidad de escritor.

(Nota de Francisco Javier Díez de Revenga)

